

y estilo diplomático. La palabra del señor Obispo de Chilapa en aquellas circunstancias no tenía otro objeto ni otra tendencia, que la de expresar nuestros sentimientos y pedir las gracias espirituales que deseábamos alcanzar. La contestación del Santo Padre fué digna del objeto de la audiencia, y en ella tenemos los mexicanos un precioso documento de la benevolencia y del amor de Su Santidad hacia nuestra querida patria. Es necesario meditar sobre esa alocución, la primera en que el Vicario de Jesucristo habla por sus propios labios á México y á los mexicanos. Si la Peregrinación no hubiera obtenido del Santo Pontífice otra gracia que la de habernos dirigido esa alocución, deberíamos darnos por bien recompensados de los sacrificios que hayamos podido hacer al realizar nuestro viaje.

“Comienza Su Santidad manifestando que le consuela en su amargura y conmueve profundamente su corazón ver en su presencia una reunión que se digna calificar de *escogida* de peregrinos americanos, en quienes declara reconocer la representación de todos los gremios y clases de la católica nación mexicana. Honroso es en extremo para México y debemos estar hasta cierto punto satisfechos y orgullosos de haber procurado un consuelo en sus dolores al Jefe de la Iglesia y no sé lo que deberemos sentir al saber que el Santo Padre se ha conmovido al vernos reunidos en su Presencia.

“Su Santidad sigue haciendo la muy justa apreciación de nuestros sentimientos hacia la silla apostólica, estimando como una prueba de nuestro amor y firme adhesión á la Santa Sede el habernos movido á surcar los mares y á afrontar las penalidades y peligros de un viaje tan largo. Grato es sin duda, para nosotros haber oído de los labios del Santo Padre estas palabras que evidencian el favorable y honroso concepto que de sus fieles hijos de México ha formado el Vicario de Jesucristo.

“El Soberano Pontífice, reconociendo la sinceridad de nuestros sentimientos de alegría y de inefable consuelo al ver realizados nuestros deseos, declara que tenemos razón en haber sentido así, y nos excita á reflexionar que en Roma está

el centro de la fe católica y la cátedra infalible de la verdad, y en la unión íntima é indisoluble á esta fe, y en la dócil obediencia á este magisterio supremo consiste la verdadera felicidad de un pueblo que blasona de ser católico. ¿Qué pensarán á este respecto los que habiendo nacido en la comunión de la Iglesia han renegado de la sumisión y obediencia que profesamos en el Bautismo? ¿Qué pensarán los católicos de nombre que ven con indiferencia, si no es que con desprecio, las enseñanzas de la Santa Sede, y no hacen caso de sus amonestaciones y censuras? ¿Qué dirán ahora los muchos de nuestros hermanos que nos disuadían de tomar parte en la Peregrinación?

“El Santo Padre se complace en reconocer que el pueblo mexicano es católico, y recorriendo los anales de nuestra historia, encuentra en ellos páginas gloriosas consagradas á los fastos de la Religión; califica de insigne la piedad de nuestros mayores y ve un elocuente testimonio de ello en las piadosas instituciones que fundaron y en los monumentos sagrados erigidos en nuestras ciudades, manifestando que le es grato hacer especial mención del célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en donde la augustísima Virgen parece tener bajo su dulce tutela y cuidar amorosamente nuestra patria con la sombra de su potente patrocinio.

“Oiganlo y confúndanse los malos mexicanos que han atentado contra las instituciones fundadas por nuestros antepasados. Oiganlo y confúndanse los que sin haber tomado parte directa en esos atentados y en la destrucción de esas instituciones, han aprobado ó por lo menos no han condenado los actos de la revolución. Oiganlo y vuelvan sobre sus pasos los católicos que han tenido la desgracia de reprobar el culto que México tributa á su insigne Patrona, la Virgen del Tepeyac, ó por lo menos han calificado desfavorablemente algunas especiales manifestaciones de este culto.

“Su Santidad deplora las consecuencias que nuestras discordias intestinas y las malas pasiones de algunos malos mexicanos han hecho sentirse en la moral y en la Religión. Califica de perjudicial la maligna influencia de las sectas que

han propagado entre nosotros la incredulidad y el indiferentismo religioso, y da gracias á Dios de que no obstante esto, no se haya extinguido la fe católica en el Pueblo mexicano, que en su generalidad se conserva fiel á la Religión de sus antepasados.

“Veremos si después de estas apreciaciones del Vicario de Jesucristo hay mexicanos católicos que no vean con horror las sectas que tanto mal han hecho á la santa causa de la Fe. Digan ahora que la Santa Sede no condena las sectas y su propaganda.

“El Sumo Pontífice hace mérito en seguida del empeño y vigilancia que ha puesto la Silla Apostólica porque entre nosotros se conserve siempre la fe pura é inmaculada; recuerda los principales beneficios que México ha recibido de la Santa Sede, y en particular los que Su Santidad nos ha dispensado, mencionando en particular el de haber aprobado y estimular con empeño la erección en Puebla de una Academia de estudios sagrados á la cual honra con el calificativo de *insigne*.

“Si Su Santidad hubiese querido enumerar los inmensos beneficios que México ha venido recibiendo de la Silla Apostólica desde la Conquista hasta nuestros días, habría empleado largas horas sin acabar de referirlos. Mucho debemos, en verdad, á la munificencia de los Sumos Pontífices; y acaso no hay otra nación, aun de las más fieles y constantes en su adhesión á la Cátedra de San Pedro, que haya sido favorecida con la multitud de concesiones y privilegios que la Iglesia nos ha otorgado, de muchos de los cuales todavía estamos disfrutando. Puede, sin exageración, asegurarse que México no ha obtenido de la Santa Sede sino lo que no ha querido ó no ha sabido pedir. Y todavía continúa animada de la misma benevolencia para con nosotros; y el actual Pontífice aun nos prodiga sus cuidados y aun mira nuestro país con especial benevolencia, y aun está dispuesto á impartirnos su protección; y mucho más haría, y con mayor diligencia procuraría nuestro bienestar, si al Cielo pluguiera que México se acercase á Su Santidad, con relaciones y

vínculos aun más estrechos y cordiales. Así lo declaró terminantemente en el penúltimo período de su alocución.

“¡Triste cosa es que deseando el Vicario de Jesucristo estrechar sus relaciones con los mexicanos, éstos no quieran acercarse á la Santa Sede, y prefieran vivir separados de ella, y desdeñen los favores y gracias con que les brinda, estimulándolos con el ejemplo de otras naciones! ¡Triste cosa es que nuestros mandatarios no hayan sabido sobreponerse á las preocupaciones de partido, solicitando y cultivando relaciones tan provechosas para el país, y que tanto influirían en la verdadera prosperidad del Estado! Y cuando naciones protestantes mantienen esas relaciones con la Silla Apostólica por satisfacer los deseos y por atender á las necesidades de grupos relativamente pequeños de sus individuos, México, eminentemente católico, vive separado de esas relaciones que serían su vida, porque serían la vida y la felicidad de la inmensa mayoría de sus habitantes. México lleva amistad con las principales naciones de Europa, siendo así que no hay en cada nación de esas un centenar de mexicanos que tengan interés en dichas relaciones, y no las lleva con Roma, y no las tiene con la Silla Apostólica, de quien tanto tienen que recibir y deben esperar nueve millones de mexicanos.

“El Sucesor de San Pedro termina su alocución manifestando que estos son sus votos: que México en su calidad de Nación se acerque á él con relaciones y vínculos aun más estrechos y cordiales, y esto ¿para qué? Para procurar con mayor diligencia nuestro bienestar, para ocuparse en hacer volver al pueblo mexicano á su antiguo fervor y en despertar en nosotros la fecunda actividad de vida religiosa para bien de las familias y para la verdadera prosperidad del Estado. ¿Y estos votos y estos deseos del Pontífice llegarán á cumplirse? De nosotros depende. Ejercitemos el derecho de petición que nos otorga la Carta fundamental que se asegura nos rige, para solicitar de los Poderes á quienes corresponde que se restablezcan las relaciones con la Santa Sede. Tenemos buen derecho para pedirlo y buenas razones en que

fundarlo. El ser católicos no nos priva de los derechos de ciudadanos y menos de los de hombres. Nuestro bienestar, el de nuestras familias, el de la sociedad en que vivimos, nos exige con empeño y con constancia el reanudamiento de aquellas relaciones. Como mexicanos y como católicos debemos procurar por todos los medios lícitos que estén á nuestro alcance. ¡Pluguiese al cielo que este fuese el primer fruto de nuestra Romería y de la Bendición Apostólica que á los peregrinos, á nuestras familias y á nuestra Patria dió con toda la efusión de su corazón el Santo Padre al terminar el discurso, respecto del cual me he permitido hacer las precedentes reflexiones.

“Acabando de hablar el Sumo Pontífice, permitió que cada uno de los peregrinos individualmente se acercaran á saludarle. Si en la alocución dirigida á todos el Sr. León XIII había manifestado de una manera tan satisfactoria lo que el Papa siente en favor de México, en la recepción de cada persona evidenció los sentimientos de amor y de cariño que abraza hacia los mexicanos en particular. Para cada individuo tuvo una caricia, para cada romero una expresión afectuosa. A todos nos dejó satisfechos de su amabilidad y de su benevolencia. Los reyes de la tierra no acojen á sus más favorecidos súbditos con la ternura con que el Representante del Rey del Cielo recibe al más insignificante de sus fieles servidores. En los soberanos del mundo parece que se abaja la dignidad real, como que se degrada, descendiendo hasta los pequeños; el Vicario de Jesucristo, por el contrario, como que hace brillar más su majestad permitiendo que se le acerquen los hombres más humildes. Representa, en verdad, á Aquel que se acompañaba con los pobres de la última clase y conversaba con los pecadores.

“Más de hora y media estuvo el Santo Padre recibiendo á sus hijos de México. Su extremada afabilidad, el agrado con que acogía á todos los que se iban acercando, nos cautivó sobremanera; sus palabras fueron recojidas por cada uno de aquellos á quienes las dirigió para no olvidarlas nunca; la expresión de su rostro quedará grabada para siempre

en nuestra memoria. Yo no olvidaré nunca su delicada fineza de haber tenido algunos minutos mi mano derecha entre las dos suyas. Cuando me hallaba arrodillado á los pies de León XIII, sintiendo sus caricias, me consideraba niño en los brazos de mi padre natural; me sentía pequeño de cuerpo y de espíritu; me encontraba anonadado bajo el peso de aquella grandeza que no tiene superior en la tierra, y en mi pequeñez y en mi anonadamiento, no acertaba á decir una sola palabra. Sólo al retirarme pude dirigir al Papa estas palabras: “Ora pro me et pro meis.” El Santo Padre colocó su sagrada diestra sobre mi cabeza, y yo sentí que su Santa Bendición descendía sobre mí y los míos de una manera especial. . . . La inefable alegría que inundó mi alma en esos momentos no es para explicarse. Había pedido al Vicario de Jesucristo lo que un cristiano pide á los más influentes intercesores para con el Altísimo; una oración había obtenido el mayor y más excelente don que puede otorgar el dispensador de los bienes espirituales en la tierra, una Bendición.

“La audiencia terminó; el Santo Padre abandonaba el salón en medio de las aclamaciones de todos los presentes. Arrodillado esperé su última despedida que debía ser su última Bendición. ¿Será la última que reciba en mi vida. . . .?”